

LA EVOLUCION DEL PENSAMIENTO ESTRATEGICO

Las ideas actuales sobre la guerra no se han formado por generaciones espontáneas, sino que son el fruto de una lenta evolución del pensamiento, y de su adaptación a los adelantos técnicos, que con una rapidez vertiginosa se han sucedido unos a otros en los últimos cien años, hasta llegar a las armas actuales, aun en experimentación, tales como los cohetes, ingenios autopropulsados y explosivos de destrucción masiva, que constituyen hasta ahora el climax de esta evolución técnica, y de cuya real y terrible eficacia destructora no se puede dudar, aunque no se conozca realmente los métodos de su empleo, es decir, la táctica de este tipo de armas.

Los estudios teóricos sobre la guerra son tan antiguos como el hombre mismo, pero su concreción en una teoría estratégica es cosa muy reciente, y consecuencia de la formación e ideas de la generación de la ilustración, los cuales inventaron la palabra estrategia y le dieron el significado con que poco más o menos ha llegado hasta nuestros días. Las guerras subsiguientes de la Revolución y del Imperio produjeron una brillante pléyade de escritores sobre cuestiones militares, que fijaron y precisaron los principios teóricos de la guerra, contándose, entre otros, Von Bulow, el archiduque Carlos, Jomini y por último Clausewitz, el cual resumió todo el saber de la época en un difícil libro conocido por todos los militares «De la guerra» y que pocos han digerido debido a su complicada exposición Kantiana. Todos estos brillantes teóricos trataron exclusivamente de la guerra desde un punto de vista continental, olvidándose por completo en su exposición de la guerra marítima y de las reacciones naturales entre la guerra continental y la naval. Ello no quita para que los principios de la guerra hayan sido fijados por ellos, y que con más o menos variaciones o interpretaciones puedan ser aplicados a los diferentes tipos de guerra existentes.

Estos principios pueden resumirse en tres:

1.º El principio que entraña la idea de derrotar en primer lugar a la fuerza principal del enemigo.

2.º El concepto de que la estrategia es principalmente una cuestión de determinadas comunicaciones.

3.º El principio de la concentración del esfuerzo que evita la dispersión de las fuerzas propias.

De todos ellos, el más importante y fundamental en la escuela de Clausewitz es el que entraña derrotar en primer lugar a las fuerzas principales del enemigo, constituyendo esto el único objetivo de la guerra. De esta consideración se desprende la apología de la batalla, que debe de ser buscada como único medio de llegar a la victoria. Este deseo y necesidad de llegar a la gran batalla se refleja en toda la evolución de las ideas estratégicas, no sólo de la continental, sino más adelante, también en la naval y la aérea. La estrategia ortodoxa, durante muchos años, consideró a la batalla como el único medio resolutivo de resolver un conflicto armado.

Pero el estudio por algunos teóricos militares de numerosas grandes batallas, que a pesar del sacrificio de ambos bandos, quedaron indecisas, y sobre todo no tuvieron consecuencias estratégicas, incitó a dichos críticos a rehacer el examen del problema.

Según dichos críticos, es indispensable para llegar a decisiones importantes, es decir, para que la batalla sea rentable, que exista un cierto equilibrio entre los medios de ataque y defensa. Cuando este equilibrio se rompe, inclinándose al lado de la defensa, como sucedió en la primera guerra mundial, las grandes batallas no servirán más que para que el que las plantea se desangre. Es preciso, pues, que las organizaciones militares sean equilibradas, de tal forma que los medios de defensa, ofensa y movilidad sean proporcionados y capaces de la misión que tienen que cumplir para que el planteamiento de la batalla sea resolutivo y decisivo en el desarrollo de las operaciones. Estas consideraciones son aplicables también en la guerra marítima.

Estos principios, propios de la estrategia continental y que en la guerra terrestre tienen fundamentos muy sólidos, no parecen tenerlos en el mismo grado en la naval, aunque hayan influido mucho también en los creadores de la estrategia marítima teórica, pues lógicamente quisieron aplicar a ella los principios ya descubiertos, o mejor dicho, expresados, por los creadores de la estrategia terrestre, que se les adelantaron casi cien años.

Un paso hacia adelante en la evolución de las ideas estratégicas, hasta ahora exclusivamente continentales, lo dieron la generación de escritores sobre historia militar, que surgió en Alemania después de la guerra del Setenta, Franco-prusiana, es decir, aproximadamente entre 1870 y 1890. Delbruck fué el iniciador e inspirador de esta escuela, que tuvo amplia repercusión en las ideas estratégicas de la generación que después hizo la guerra de 1914 y que ha llegado hasta nuestros días.

Delbruck estudió profunda y principalmente las campañas de la antigüedad clásica, destruyendo muchos mitos, y dando explicaciones lógicas de las grandes batallas que tuvieron repercusiones históricas, especialmente criticó los números fantásticos que dieron los historiadores, esto lo consiguió visitando los campos de batalla y reconstruyendo idealmente los reglamentos tácticos de la época en que sucedieron.

Una de las consecuencias más importantes que obtuvo fué la división de la conducción general de la guerra en dos grandes grupos, que él llamó y que aún continúa con el mismo nombre, estrategia de desgaste, y estrategia de aniquilamiento. La primera consiste en ir minando la capacidad de resistencia del enemigo hasta conseguir en un plazo más o menos largo anularle su voluntad de lucha. En este tipo de estrategia juega un gran papel, no solamente las operaciones militares conducentes a ese fin, sino otros factores tales como: la presión económica, la guerra psicológica, las influencias políticas, la lucha social; en fin, todo aquello que consiga debilitar la voluntad de lucha del adversario.

La estrategia de aniquilamiento tiene como principal objetivo paralizar la capacidad de reacción estratégica enemiga, mediante acciones que supriman su voluntad independiente. Generalmente, esto hace preciso llegar a una gran batalla, imponiendo al enemigo una estrategia de cerco o de frente invertido, es decir, atacándole o amenazándole por una o las dos alas sus líneas de comunicaciones hasta hacérselas insostenibles.

Delbruck puso como muestra de estrategia de aniquilamiento la empleada por Aníbal en la batalla de Cannas (poniéndola como ejemplo típico de lo que debían ser en el futuro la aplicación en la práctica de este método de la conducción de las operaciones). Cannas fué la fuente de inspiración del famoso plan Schlieffen y de las batallas de la Guerra Relámpago de la segunda guerra mundial. Hoy día, la movilidad aérea la pone otra vez en primer plano de la guerra terrestre, empleando los descensos y envolvimientos verticales por medio de paracaidistas y helicópteros. Es decir, que la línea estratégica marcada por Delbruck continúa dando frutos e influyendo en las ideas estratégicas de nuestro tiempo.

En cuanto al plan Schlieffen, ha influido decisivamente en todos los planes concebidos para la conquista de Europa por los perturbadores continentales de estos últimos cincuenta años, continuando su vigencia en los actuales de los rusos, de invasión del continente europeo, que piensan ampliarlo mediante un ataque furibundo sobre el tráfico atlántico en los primeros momentos de la guerra empleando submarinos y aviación, tratando de crear un super-Schlieffen, en que las comunicaciones marítimas atlánticas jueguen el papel que en el primitivo plan lo tenían las terrestres entre los puertos franceses del Atlántico y la línea defensiva francesa Belfort, Metz y Aix-la-Chapelle. Vemos, pues, que el pensamiento militar se ha ido formando poco a poco hasta cristalizar en las ideas actuales, hijas de pensadores anteriores, muchas de ellas independientes de los adelantos técnicos en las armas y explosivos.

Siguiendo un orden cronológico en esta evolución del pensamiento estratégico, nos corresponde ahora hablar de Mahan como creador de la teoría del poder naval, hasta cierto punto contrapuesto a los anteriores pensadores, que trataron, como hemos dicho, exclusivamente del poder terrestre y su influencia en la guerra continental.

La doctrina de Mahan es bastante difusa y fué expuesta por primera vez en el año 1890 en su famoso libro *Influencia del poder naval en la Historia*. El lugar que ocupa Mahan en el desarrollo del pensamiento militar es muy importante, pudiendo recapitularse esta influencia en tres puntos.

Primero desarrolló una filosofía del poder naval, que tuvo aceptación general e influyó decisivamente en la orientación de la política en algunos pueblos, especialmente Estados Unidos y el Japón, con consecuencias mundiales.

Segundo, formuló una teoría sobre estrategia naval, inédita hasta entonces, y

Tercero, fué un estudioso en el examen crítico de la táctica naval, marcando un camino en dicha crítica.

A juicio de Mahan, la estrategia naval y el poder naval están condicionados por determinados fenómenos de orden físico, tales como la posición geográfica insular o continental de un país, así como también por la política del país respecto a las marinas de guerra, mercante y bases de ultramar.

Otra de las características del pensamiento de Mahan es la clara diferenciación entre la estrategia y la táctica naval. La táctica para Mahan empieza en el contacto, de tal forma que para él se hace estrategia antes del contacto, y táctica, después que éste se ha verificado. Por ser la táctica

el arte del empleo de las armas y éstas van variando, la táctica puede cambiar. Pero los principios de estrategia naval, por el hecho de tener base más amplia y fundamentos filosóficos, permanecen invariables, como si estuvieran asentados en una roca, y tiene vigencia tanto en tiempo de paz como en el de guerra.

Respecto a la estrategia naval, su doctrina se ha resumido después en una serie de conceptos sobre el dominio del mar. En resumen, para Mahan, el dominio del mar consiste en lograr el control de las comunicaciones marítimas. Este control se consigue después de derrotar o bloquear al grueso del enemigo; una vez conseguido este primer objetivo de la guerra marítima, se podrá ejercer el dominio del mar en su doble sentido positivo y negativo, continuando nuestro tráfico marítimo y deteniendo el del adversario, que es en realidad lo que nos dará realmente el control de las comunicaciones marítimas, verdadero fin de la guerra naval.

Mahan señaló con precisión los factores de los que depende el poder naval, tanto los físicos, políticos, morales y hasta raciales, sin olvidarse del comercio que puso en primer lugar. La aplicación de su teoría a los Estados Unidos señaló a esta nación cuáles deberían ser los caminos y jalones de su futura expansión, debiendo en gran parte este pueblo su actual grandeza y hegemonía al haber seguido a través de los últimos cincuenta años el pensamiento militar de Mahan.

Desde el punto de vista de la importancia que tiene el dominio del mar respecto a la lucha por la hegemonía mundial, Mahan hace suya la famosa frase de lord Raleigh a la reina Isabel I de Inglaterra: «El que domina el mar domina las comunicaciones marítimas; el que domina las comunicaciones marítimas, es dueño del comercio mundial, y el que domina el comercio mundial es dueño de las riquezas del mundo; luego el que domina el mar domina el mundo.»

La influencia que las teorías de Mahan han tenido en la evolución del pensamiento militar actual han sido exageradas por sus seguidores, pero no cabe duda que su nombre va íntimamente unido a las ideas estratégicas hoy día vigentes, y que forman parte integrante de las que mantienen para su supervivencia el mundo occidental.

El desarrollo de los estudios geográficos a finales del siglo XIX y principios del XX, especialmente en Alemania, hizo que creciera una rama de la Geografía Política, en la que se tenía en cuenta la influencia del medio circundante con la expansión y crecimiento de los pueblos y por lo tanto con las directrices políticas de los mismos. El padre de esta rama, llamada después Geopolítica, fué Ratzel, que marcó los principios básicos de la

misma. Para Ratzel, el Estado es, en cierto sentido, un organismo biológico. Sentó el concepto del «espacio» ocupado por grupos políticos y que dió origen a la tesis del «espacio vital», por el que tanto lucharían los alemanes de la generación de la guerra del 14.

Pero fué un geopolítico inglés, Mackinder, al que en 1904 le correspondió desarrollar la tesis del poder mutable de los Estados, debido al medio en que se desenvuelven, oponiéndose con su teoría a la de Mahan sobre la supremacía del poder naval, entonces muy en boga, llamando la atención sobre el advenimiento de rivales que amenazaban la supremacía británica sobre los océanos del mundo, haciendo resaltar la frase de que «otros imperios han tenido su día, y lo mismo puede suceder con el de Gran Bretaña». Según él, «la fase europea de la Historia está quedando a un lado, tal como ha ocurrido con las fases fluviales y mediterráneas». Después amplió su significado en un escrito, leído en la Real Sociedad Geográfica inglesa, en donde con visión profética reconoció que el final del período de exploraciones geográficas se acercaba, y como consecuencia, estaba próxima la formación sobre la Tierra de un «sistema político cerrado», así como que el transporte mecánico estaba trastornando decisivamente la fuerza relativa del poder terrestre y el poder naval en favor del poder terrestre. Hizo notar un vuelco del equilibrio del poder hacia el Estado Eje. Ilustró su tesis con un mapa del mundo, apoyándola con argumentos que planteaban el concepto de un poder eurásico nuclear terrestre y su amenaza potencial al poder naval.

Para Mackinder, el océano es uno, constituyendo los diversos continentes islas del océano total. La masa terrestre formada por Europa, Asia y Africa es la más rica, la más populosa y la de mayores posibilidades. Aunque no fuera más que por su tamaño, constituye inevitablemente el centro de gravedad de la vida humana. Puede considerársele como la isla principal del océano mundial. Los demás continentes yacen alrededor de la periferia de esta isla mundial como un anillo de islas más pequeñas.

El corazón de la isla mundial es una vasta región separada de los océanos; en ninguna de sus partes los cursos de aguas navegables que la atraviesan toman contacto con los mares libres de hielos. Este «corazón de la Tierra» constituye una base muy amplia para el poder terrestre, potencialmente, la mayor existente en el mundo.

Bordeando este corazón de la Tierra, existe un arco de tierras marginales con acceso a los océanos. Todas ellas son marítimas en mayor o menor grado. Más allá de este arco interior, el océano mundial está interrumpido por un arco exterior de islas continentales, las Américas, el

Africa negra y Australia. En la actualidad giran en la órbita del poder naval, pero pueden ser arrolladas por un Estado del núcleo terrestre.

En resumen, el slogan de Mackinder fué de que «el que domina el corazón de la Tierra domina la isla mundial, y el que domina la isla mundial domina al mundo; luego el dominio mundial tiene que partir del dominio del corazón de la Tierra». Estas ideas serían más tarde desarrolladas por los geopolíticos y geoestratégicos alemanes de la escuela de Hausoffer, teniendo gran repercusión en las ideas estratégicas sustentadas por los alemanes en la segunda guerra mundial y después por los rusos, que dueños del llamado corazón de la Tierra piensan tener la base fundamental para apoderarse de la isla mundial y, por lo tanto, según Mackinder y sus seguidores, implantar un «sistema político cerrado», en este caso, el comunismo y lo que él representa.

Continuando el orden cronológico de esta evolución del pensamiento militar, corresponde ahora hablar de las dos teorías aparecidas entre las dos guerras mundiales, sobre la guerra aérea total.

Los progresos del arma aérea hicieron surgir casi simultáneamente en diversos países la teoría de que para vencer en una guerra futura bastaría destruir por medio de bombardeos aéreos determinados puntos neurálgicos de la retaguardia enemiga, que junto con el bombardeo de las poblaciones civiles, destruirían rápidamente la voluntad de lucha de los pueblos.

Entre todos los estrategas teóricos del aire, el más popular y también el más clarividente fué el famoso general aviador italiano Douhet, el cual en 1927 expuso su famosa teoría sobre la guerra aérea total. Una de las características más sobresalientes de esta teoría, es la de querer sustituir con el poder aéreo a los otros dos poderes: el marítimo y el terrestre, cosa que a estos dos últimos jamás se les había ocurrido.

Otra característica de la teoría aérea es la de dar al aeroplano cualidades casi sobrehumanas, debido a los extraordinarios adelantos conseguidos con ellos por la técnica industrial de la época. La doctrina fundamental es que el avión posee tal omnipresencia y tales ventajas de velocidad y altura que dispone del poder más formidable para destruir instalaciones de todas clases, tanto en tierra como en el mar, en tanto que él está prácticamente a salvo de toda reacción que provenga de la superficie.

Al aceptar este principio había también que aceptar el de la preponderancia de las fuerzas aéreas en las instituciones militares y la necesidad de planificar cualquier campaña teniendo especial cuidado de poner en posición ventajosa a las fuerzas aéreas propias y las más desventajosas para el adversario. Este punto de vista hace que surja el desequilibrio en

la distribución del esfuerzo entre las distintas armas, en favor de las fuerzas aéreas.

La teoría de Douhet se resume en una serie de puntos que vamos a transcribir:

1) Los aviones son instrumentos ofensivos de potencialidad incomparable, contra los que no cabe prever defensa efectiva alguna.

2) La moral de la población civil será quebrantada por los bombardeos a los centros de población.

Sobre estos dos axiomas dedujo su teoría, cuyos elementos fundamentales son:

a) Para asegurar la defensa nacional adecuada, será necesario y suficiente estar en condiciones de conquistar el dominio del aire en caso de guerra.

b) Los objetivos militares no deben ser las instalaciones militares enemigas, sino sus industrias y los centros de población alejados de las zonas de operaciones de los ejércitos terrestres.

c) Una fuerza aérea enemiga no debe ser destruída por medio de combates aéreos, sino mediante destrucciones de sus instalaciones en tierra y de las fábricas de donde los aviones se aprovisionan de material.

d) El papel de las fuerzas de superficie deberá ser eminentemente defensivo, destinados a mantener un frente que impida al enemigo la conquista de las zonas industriales y especialmente de los aeródromos.

e) Con el fin de aplicar el esfuerzo total en la forma más económica posible, el avión de caza deberá ser restringido, el tipo básico de las fuerzas aéreas será el avión de combate, que al mismo tiempo que bombardee deberá disponer de su seguridad propia.

La originalidad de esta doctrina consiste, como puede verse, en negar el principio del primer objetivo, que manda en primer lugar destruir a las fuerzas organizadas más fuertes enemigas y tomar, por primera vez en la historia, como primer objetivo, la destrucción de las industrias.

Las consecuencias que ha tenido para la Humanidad la aplicación de estas doctrinas bien a la vista las tenemos, con los terribles bombardeos sobre Alemania en la segunda guerra mundial. No obstante, los resultados obtenidos no fueron los previstos, pues la capacidad de resistencia de la población civil fué muy superior a lo que pensaron estos teóricos, en cuanto al volumen de las destrucciones, tampoco correspondieron al esfuerzo empleado para conseguirlas.

Los recientes explosivos nucleares y termonucleares traen de nuevo actualmente al primer plano esta teoría, con todas las terribles consecuencias para la Humanidad. Douhet nunca pudo pensar en la época en que la expuso en que aparecerían unos medios de destrucción tan formidables que la estrategia, en último término, se convertiría en «un catálogo de objetivos y, consecuentemente, en una elección entre los mismos de los más rentables». Más adelante nos extenderemos en la explicación de estos conceptos básicos de la estrategia disuasoria, cuya base hay que buscarla en las teorías del genial Douhet, al cual hay que encontrarle como su principal mérito haber previsto las condiciones de la guerra de nuestros días en 1927, cuando la aviación estaba casi naciendo.

Continuando con esta evolución de las ideas estratégicas a través de los últimos cincuenta años, corresponde hablar de los geopolíticos de la escuela de Haushoffer.

En realidad, Haushoffer no fué más que un continuador de los geógrafos político-militares de la escuela de Retzel y Mackinder, pero las circunstancias en que puso a Alemania el tratado de Versalles, entre las dos guerras mundiales, junto con las ideas sobre la guerra total que Lunderdoff estableció por aquellos tiempos, y las filosóficas de Oswald Espenger, sobre el destino de las diferentes partes de la Tierra, contribuyeron a la concreción de los nuevos geopolíticos en una doctrina que sería después execrada por las democracias y el comunismo ruso, pero que una vez terminada la segunda guerra mundial, ha sido estudiada, desarrollada y puesta en práctica por estos antiguos enemigos de la Alemania que inventó la Geopolítica.

La teoría de Haushoffer es muy difícil de concretarla, dado que está sumergida en la propaganda de la época; este hecho dificulta mucho el separar los verdaderos principios de los objetivos políticos que en aquellos tiempos querían conseguir los alemanes.

Los principios de los geopolíticos de la escuela de Haushoffer son cinco, desprendiéndose todos ellos de las ideas sobre el «espacio» que antes había desarrollado Retzel. Dichos conceptos o principios son los siguientes:

Autarquia.—Según los geopolíticos, es en el sentido económico, el ideal de la nación para bastarse a sí misma. Presupone que toda unidad política debe de producir todo lo que necesite. Al conseguirlo, el Estado se verá en equilibrio económico e independiente de los productos del mundo exterior. La Autarquía es imposible y hace tender al que la quiera conseguir hacia la dominación mundial.

El espacio vital (Lebensraum).—Es el derecho de una nación a ampliar el espacio hasta que sea suficiente a su población. El espacio vital no se detiene en el espacio colindante en sí, sino que abarca todos los recursos humanos y naturales existentes en cualquier zona en que el Estado los necesita como formando parte de su espacio vital. Inútil es añadir que aunque el concepto del espacio vital es geográfico, es en su acción un recurso político-militar.

El pan-regionalismo.—Constituye este concepto los títulos o derechos sobre determinadas partes de la tierra, aduciendo sobre ellos el encontrarse en zonas culturales, zonas comerciales o zonas lingüísticas que justifican su anexión o control político.

Esta idea llevada a su extremo propone dividir la Tierra en cuatro pan-regiones equilibradas en recurso, a saber: La Panamérica, Euráfrica, Panrusia y Asia oriental.

Poder terrestre enfrente del poder naval.—Consiste en el desarrollo de la teoría de Mackinder, sobre la preponderancia del poder terrestre sobre el naval, bajo la base de poseer la zona del corazón del mundo y después de la isla mundial. Esta teoría, que difícilmente los alemanes podían hacer suya, hoy día es la sustentada por la estrategia rusa, en sus sueños de expansión y dominio mundial actual, apoyada en las posibilidades del explosivo atómico.

Nuevo concepto de las fronteras.—Los conceptos filosóficos empleados para justificar la expansión exigen un método práctico para llegar a la consecución del fin. Este método es suministrado a través de la interpretación de las fronteras por los geopolíticos. Las fronteras no representan el límite del Estado, sino un alto en la marcha de la dominación mundial. Para los geopolíticos, la frontera recién establecida constituye un alto en el camino, siendo generalmente el motivo para una nueva guerra. Como mal menor aceptan la necesidad de que los Estados tengan fronteras naturales, con un concepto implícito de barrera física. Las barreras naturales pueden estar lejos de donde alcanza el poder político, y es natural aspirar a ellas a través de los Estados más débiles intermedios.

Después de la segunda guerra mundial, han surgido geopolíticos entre los dos países que tienden hacia la hegemonía mundial: Estados Unidos y Rusia. Los rusos, por regla general, son seguidores de las teorías de

Mackinder, consistiendo su política en extender su dominación a la zona periférica de Eurasia, que no dominan, excepto en algunos puntos del Lejano Oriente y China, pero no al Japón, que bloquea, naturalmente, aquellas costas. Su política expansionista parte del dominio del corazón de la Tierra, sin otro precedente histórico que el de Gengis Kan y su imperio mongol, que estuvo a dos dedos de conseguir el dominio de toda Eurasia, estando acrecentado con la posibilidad de salvar los fosos creados por el Gran Océano Mundial, que lo separa de Norteamérica e Inglaterra, por medio de los proyectiles autopropulsados intercontinentales, portadores de cabezas termonucleares y, por lo tanto, con un poder de destrucción casi sísmico, no necesitando, por tanto, para llevar la guerra a los centros vitales de su enemigo ni del poder aéreo ni del poder naval. Su situación militar es, en consecuencia, en la actualidad muy sólida, y es en la que basa toda su política de chantajes con el fin de conseguir el dominio la neutralización de las zonas periféricas de Eurasia y el norte de Africa.

Por su parte, entre los norteamericanos ha surgido Spykman, el cual sostiene ser las zonas costeras en donde se concentra el poder de los hombres. Las zonas costeras es en donde se ubican las industrias pesadas, base de la economía y del poderío actual. Desde las zonas costeras periféricas pueden lanzarse ataques concéntricos hacia el poderío central difíciles de detener. La concentración aérea es más fácil de conseguir desde la periferia que partiendo del centro hacia los bordes. La infraestructura aérea necesaria es también más fácil de sostenerla desde el momento que se tiene el dominio del mar. Por todo ello, el que domina las zonas periféricas costeras está en mejores condiciones para dominar la gran isla mundial que el que posee el corazón del mundo.

Consecuencia de esta teoría geopolítica ha sido la creación de un cinturón de bases aéreas de bombardeo estratégico, el Plan Marshall para la reconstrucción de la Península Europea, la creación de la N. A. T. O., cuyos fines estratégicos son la defensa de esta Península Europea, y el mantenimiento de las comunicaciones atlánticas, la resurrección del Japón, el mantenimiento de Corea y Formosa y la creación de la S. E. A. T. O. con papeles análogos a los de la N. A. T. O., en los mares orientales. Vemos, pues, que pese a haber sido execradas en su día las teorías de los geopolíticos alemanes, especialmente las de Haushoffer, son éstas las que sostienen las líneas de acción estratégica de los dos hegemones actuales en su plan de expansión mundial.

Por último, la aparición en el campo de las posibilidades bélicas, de los explosivos nucleares y termonucleares con poderes destructores hasta

ahora desconocidos por su extensión, aumentados por los efectos producidos por los rayos Gamma, de consecuencias fatales no ya para la vida del hombre, sino para el porvenir de la entera Humanidad, ha trastornado hasta sus cimientos las ideas que hasta ahora se tenían sobre la guerra y sus objetivos.

Hasta nuestros días, el fin de toda guerra ha consistido en conseguir por medio de las armas una mejor situación en la paz. Con este pensamiento básico, es absurdo concebir una lucha llevada a cabo por dos adversarios con medios nucleares, empleando éstos en escala cada vez mayor, por tratarse de una guerra de represalias siempre crecientes, con la consecuencia final de una destrucción total, o muy cercana a ella, sin ventajas para ninguno de los contendientes e incluso con la desaparición de un tipo de civilización.

Estos conceptos sobre la guerra nuclear parece ser que son los que se han abierto paso entre los dirigentes tanto del mundo occidental como del oriental.

Pero a pesar de ello, el antagonismo y la amenaza de la guerra nuclear total subsiste y ha canalizado las ideas sobre el empleo de las armas nucleares dentro de unos caminos jalonados por las diversas situaciones de desequilibrio momentáneo entre los dos bandos rivales y que han dado lugar a varias teorías sobre la aplicación práctica de estas nuevas armas.

La primera de ellas es la «estrategia disuasoria», conocido con el nombre inglés de «deterrence». Esta teoría está basada en la superioridad nuclear del Occidente y la superioridad rusa en armamentos convencionales. Con ella se trataba de contener los afanes expansionistas rusos, especialmente en Europa, con la amenaza de una respuesta atómica fulminante occidental sobre objetivos vitales industriales y políticos.

Al ser alcanzada por los soviets la paridad atómica, cuando hicieron explotar su primera bomba de hidrógeno, poniéndose en igualdad de condiciones con el mundo occidental, la anterior teoría ya no tenía razón de ser, y fué sustituida por la «estrategia de represalias» o de «relatation». La nueva situación surgida fué paliada en parte considerable por medio del rearme de Alemania en medios convencionales.

Esta situación trae como consecuencia el «impass nuclear». Cada antagonistas, al no ser capaz de detener la acción de represalias de su adversario, se abstendrá de emplearla en la guerra, llegándose en la aplicación límite de esta teoría a la «paz nuclear», producida por la estabilidad y paridad de los armamentos de los dos bandos rivales. Este hecho es

nuevo en la Historia, y tanto por la falta de antecedentes como por su excesivo optimismo, muchos dudan de su posible eficacia.

El desarrollo de la teoría de la parálisis nuclear ha hecho pensar en la imposibilidad de terminar por completo con los conflictos armados, continuando las guerras dentro de ciertos límites, siendo posible.

De esta forma de pensar ha surgido la teoría conocida por la «tacite bombe line». Según ella, la parálisis nuclear no protege más que ciertas zonas que forman un todo complejo económico y militar. Su acción no se hace sentir fuera de una línea ideal llamada «línea tácita de bombardeo», y de donde toma el nombre la teoría. Esta línea teórica rodea a los objetivos más importantes para la supervivencia. Pero fuera de ella existirán siempre zonas que encierren objetivos con importancia insuficiente para que sean arriesgados por ellos los intereses fundamentales protegidos por la parálisis nuclear. Es decir, que existirán dos zonas de características diferentes en la guerra atómica, unas protegidas indirectamente por la parálisis nuclear; otras, fuera de esta protección indirecta. En este segundo tipo de zonas es en donde se pueden producir las guerras marginales. En ellas podrá emplearse en ocasiones el arma atómica táctica, o solamente las convencionales, que será el caso más frecuente.

La posibilidad de las guerras marginales trae como consecuencia la necesidad de conseguir que no se hagan generales, es decir, que no desemboken en guerras nucleares totales, con consecuencias desastrosas para la Humanidad. Para alcanzar este resultado se ha formado otra nueva teoría, la de las «Limitaciones», cuyo fin, como su nombre lo indica, es limitar el empleo de las armas nucleares en este tipo de conflictos. Las limitaciones exigen un acuerdo y declaración conjunta de las potencias atómicas, que lógicamente tendría que ser hecha a través de las Naciones Unidas, de no emplear otras armas que las proporcionadas a la naturaleza del conflicto. Esta declaración podría contener estos cuatro puntos básicos:

- Prohibición de bombardeos nucleares a centros de población.
- No emplear las armas de fusión, sino únicamente las de fisión, contra las fuerzas armadas del agresor.
- Prohibición de las armas bacteriológicas.
- Prohibición de las armas químicas.

Esta posición es correcta cuando se trata de guerras marginales en las que no se ponen en juego intereses vitales de las grandes potencias atómicas, es decir, en casos como la guerra tipo Corea o islas Quemoy, pero su éxito es dudoso cuando se pongan en juego intereses importantes de los

deligerantes del nivel de potencia nuclear, pues según una experiencia histórica, estas guerras siempre han degenerado en luchas totales. Otra dificultad de aplicar esta cuestión de las limitaciones es la imposibilidad de señalar la traza geográfica de la «tácit bombe line», dado lo ideal y fluctuante de esta línea, siendo la política de cada momento la única que la podrá señalar en cada caso.

Otra dificultad que se presenta es la de emplear en las guerras marginales armas nucleares sin el acuerdo de la nación que se socorre, siendo muy posible que éstas no accedan a ello debido a los riesgos que dicha ayuda podría proporcionarla. Por otra parte, existe el peligro de que el adversario también reciba ayuda nuclear de sus poderosos aliados, conduciendo esta situación a un intercambio de proyectiles atómicos cada vez más potente, dado el carácter de represalia que encerraría esta forma de obrar, con el riesgo consiguiente de producir una crisis política que desembocaría en una guerra nuclear total.

Como puede observarse, todas las teorías sobre limitación de los efectos de las guerras atómicas son hasta ahora una pura entelequia.

ENRIQUE MANERA REGUEYRA.